

Oportunidad y conciencia social ante el cambio de era energética

José Manuel Entrecanales Domecq
Presidente de ACCIONA

Deseo agradecer al Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud su invitación para tomar parte en el presente foro, que considero de extraordinaria relevancia tanto por la temática a tratar, como por la estatura personal y profesional de mis compañeros de panel. Es para mí un honor compartir estrado con personas tan cualificadas y cuya participación resulta imprescindible para abordar el mayor reto que afronta la Humanidad en este siglo que no es otro que hacer realidad un modelo de desarrollo que sea sostenible en su triple dimensión, la social, medio ambiental y económica.

Ciertamente, sentar alrededor de una mesa a representantes de la Administración Pública, del análisis estratégico y la creación de opinión, de movimientos sociales como el sindicalismo y el ecologismo y de la empresa, escenifica lo que en mi opinión debe convertirse en una fórmula imprescindible para afrontar el desafío enunciado. Porque sólo una actuación concertada de todos los sectores sociales permitirá a la sociedad tomar conciencia de la gravedad del problema y a sus líderes actuar en consecuencia y con la celeridad suficiente para acometer una transición gradual y no traumática hacia un modelo económico, especialmente en su vertiente energética, basado en criterios de sostenibilidad.

Creo que vale la pena profundizar, aunque sea someramente, en el análisis de la situación actual, las oportunidades que brinda el momento histórico que nos ha tocado vivir, las razones que existen para el optimismo –especialmente en nuestro país- las experiencias positivas que ya están marcando el buen camino y los mecanismos que deben articularse para salir fortalecidos de la crisis.

Treinta años perdidos, ¿y cuántos para actuar?

En 1972, un grupo de investigadores del Instituto Tecnológico de Massachusetts publicó por encargo del Club de Roma un estudio titulado “Los límites del crecimiento”⁽¹⁾ –hoy ya un clásico- donde se advertía de la necesidad de sustituir un modelo de crecimiento incontrolado, por otro que tuviera en cuenta los condicionantes ambientales, a fin de evitar un aumento excesivo de la huella ecológica, o lo que es lo mismo, que el conjunto de nuestra demanda de recursos sobre el Planeta llegara a superar la capacidad de la Tierra para satisfacerla. Según múltiples estudios dicha capacidad de carga se superó en la década de los 80 y actualmente se ha extralimitado aproximadamente en un 20%. Es decir, el consumo humano de recursos se sitúa desde hace veinte años en territorio insostenible.

En su última revisión, que titulan “Los límites del crecimiento, 30 años después”⁽²⁾, los autores señalan –cito textualmente-: *“ahora somos mucho más pesimistas con respecto al futuro del mundo que en 1972. Es un hecho triste que la Humanidad haya desperdiciado en gran medida los últimos 30 años en debates fútiles y respuestas bien intencionadas al desafío ecológico planetario. No tenemos otros treinta*

años para temblar. Muchas cosas tendrán que cambiar para que la extralimitación actual no dé lugar al colapso durante el siglo XXI”.

Una ecuación diabólica

Quizá nos pueda parecer apocalíptico el tono utilizado por los autores de este informe, pero – más allá del grosor del trazo- seguramente cuantos nos sentamos a esta mesa convenimos en dos premisas:

- En que nuestro modelo de desarrollo y, en particular, el modelo energético en que se basa, es insostenible y su perpetuación nos va a conducir irremisiblemente a importantes desequilibrios ecológicos, geoestratégicos, sociales y económicos.
- Y en que no existe una conciencia social suficientemente generalizada sobre la gravedad de la situación y la urgencia de tomar medidas efectivas para corregirla.

Nos encontramos ante una especie de ecuación diabólica que parece imposible de resolver y se define por los siguientes elementos:

De una parte:

- **Creciente demanda global de energía** (60% de incremento previsto entre 2000 y 2030) espoleada por el crecimiento poblacional y la legítima aspiración al desarrollo de países emergentes y deprimidos, algunos de los cuales recorren afortunadamente sendas de crecimiento ininterrumpido.

Y de la otra:

- **Modelo energético basado en un 80% en la quema de combustibles fósiles**, que ya está modificando el clima terrestre y lo hará hasta límites catastróficos de perpetuarse la actual tendencia.
- **Situación de desequilibrio geoestratégico entre oferta y demanda**: el 66% del petróleo y el 50% del gas es consumido por cinco grandes bloques (Norteamérica, Europa, China, Japón e India), que sólo cuentan con el 8% y el 9% respectivamente de las reservas descubiertas.
- **Asimetría e inseguridad en el control de los recursos**: Oriente Próximo y el Norte de África suman dos tercios de las reservas mundiales de petróleo y más del 75% de las reservas de hidrocarburos se encuentran bajo control estatal, mientras los mercados se hallan en gran medida en países liberalizados, con activa participación de agentes privados y en entornos de competencia, lo que provoca evidentes distorsiones adicionales.
- **Primera crisis estructural del petróleo**: que, a diferencia de las acaecidas en 1973 y 1979, no se basa en recortes coyunturales de oferta, sino en la incapacidad del sistema para atender la demanda alcista y la convicción generalizada de que nos encontramos ante el fin de la era del petróleo barato y suficiente. De todo lo anterior se deriva la escalada y la volatilidad de precios que habiéndose triplicado en los últimos tres años persiste en su tendencia hacia los 100 dólares el barril.

En suma, en palabras de Robert Skinner ⁽³⁾, del Instituto Oxford para Estudios Energéticos, “no es necesario ser un pesimista para imaginarse el mundo abrazado a una doble bomba de relojería:

inestabilidad política en la fuente de los recursos, en un lado, y una pauta de consumo de esos recursos ambientalmente insostenible, en el otro”.

La situación en España

Como saben, nuestro país no escapa a este panorama, sino que padece –en algunos casos aumentados en relación con los países de su entorno- los desequilibrios que antes he descrito.

Así España une a su condición de país industrializado donde más han aumentado las emisiones de efecto invernadero (52,88% en 2005, casi 38 puntos más de lo autorizado por Kioto), una creciente dependencia energética, que se ha disparado casi 15 puntos en los últimos 15 años hasta rozar el 80% y que se sitúa 30 puntos sobre la media de la Unión Europea. Estas circunstancias se combinan con una creciente voracidad –producto de nuestro mayor crecimiento- que ha elevado nuestro consumo energético un 59% desde 1990.

En los últimos diez años, el consumo de petróleo en nuestro país ha crecido a un ritmo medio anual del 3,5%, casi el doble que el crecimiento medio global (1,8%). El petróleo y el gas juntos representan el 70% de la energía primaria consumida en España, lo que hace a nuestro país más dependiente de los principales hidrocarburos que los demás países avanzados: 65% en Estados Unidos, 64% en la OCDE y 61% en el mundo.

Más del 75% del total de las importaciones españolas de petróleo proceden de regímenes no democráticos o inestables (Arabia, Saudí, Libia, Nigeria, Irán, Irak, Argelia y Rusia), lo que aporta un elevado grado de riesgo político a nuestra economía.

Las renovables, claves para un cambio de paradigma

Una crisis de semejante magnitud exige necesariamente respuestas profundas y audaces, que nos conduzcan en esta primera mitad del siglo XXI a un cambio drástico de modelo energético, porque el convencional –que ha propulsado la Primera y Segunda Revolución Industrial- ya no nos sirve.

No sólo son precisas respuestas de gran calado sino también aplicarlas desde ahora mismo, porque, como ha manifestado el Consejo Consultivo Alemán para el Cambio Global, órgano asesor del Gobierno germano para el desarrollo sostenible, *“los próximos 10 a 20 años nos ofrecen la oportunidad decisiva para transformar los sistemas energéticos. Si dicha transformación se inicia con posterioridad, deben esperarse costes desproporcionadamente altos”*.⁽⁴⁾

La rápida sustitución de las fuentes convencionales de energía por tecnologías limpias y renovables es, sin duda, una parte esencial en la receta para un modelo energético sostenible.

Y reitero el factor urgencia por la muy favorable situación económica que en este momento vive occidente. Los excedentes empresariales, las cuentas públicas y los niveles de bienestar social alcanzados en las economías desarrolladas nos permiten hoy dedicar un esfuerzo sin precedentes, y probablemente no repetible en el futuro, a la sustitución de las fuentes de energía convencionales. Y decía que esta coyuntura probablemente no es repetible en el futuro porque no es lógico pensar que esta favorable situación económica perdure en el tiempo en el, más que probable, entorno de continuas subidas de precios de combustibles fósiles

En definitiva, hoy estamos en condiciones de “cambiar la caldera” de nuestra vivienda por una más eficiente y menos contaminante. Hagámoslo ahora que podemos porque es probable que en el futuro nuestras economías no estén en condiciones de acometer la inversión.

Una sustitución que debe ir acompañada además por un importante esfuerzo en innovación, al objeto de seleccionar en cada momento las tecnologías más eficientes, que permitan avanzar muy significativamente por la senda del ahorro energético. Es preciso modificar el sesgo de la inversión en I+D, predominantemente orientada hacia las energías convencionales y elevar el peso de las renovables, lo que habrá de materializarse sin duda en una notable reducción de costes que mejore sustancialmente su competitividad.

Las fuentes renovables poseen el potencial necesario para invertir los términos de la ecuación diabólica que nos plantea el actual entorno energético, ya que permiten atender una parte muy significativa de la demanda mundial de energía sin alterar el clima planetario ni perjudicar el medio ambiente, sin provocar conflictos geoestratégicos, dada su ubicuidad y carácter descentralizado, aproximando el lugar de producción al lugar de consumo, promoviendo el desarrollo equilibrado en las diversas regiones del planeta y en especial sus áreas rurales, contribuyendo así a incrementar la seguridad global, sin el riesgo derivado del agotamiento de los recursos, a precios crecientemente competitivos, y notablemente mejores que las energías convencionales si se internalizan sus costes sociales, medio-ambientales y geoestratégicos.

Signos de optimismo

Pero existen signos de optimismo por el creciente papel que están jugando las energías renovables en el panorama energético. Las energías limpias ya no son un sector marginal, sino un mercado que atrae inversiones superiores a 40.000 millones de dólares anuales y en el que están tomando posiciones muy significativas tradicionales grupos energéticos como BP, Shell o Total, así como corporaciones de diferentes sectores, tales como General Electric, DuPont o Mitsubishi, por citar sólo algunos nombres.

Cabe mencionar en particular el espectacular desarrollo de la energía eólica –equivalente ya en el mundo en potencia instalada a más de 60 centrales nucleares- y que en nuestro país probablemente llegue a cubrir este año más del 10 por ciento de la demanda eléctrica, cuando apenas hace diez años era meramente testimonial. En otras tecnologías –como la solar térmica o fotovoltaica, la biomasa o los biocombustibles- también se están registrando crecimientos muy relevantes.

Y en Estados Unidos, pese a la negativa federal a firmar el Protocolo de Kioto, numerosos estados han fijado sus propios objetivos de penetración de producción energética renovable y establecido ambiciosas iniciativas de apoyo, como el plan de 2.900 millones de dólares aprobado por California para impulsar la energía solar.

Ha bastado que el presidente Bush lanzara una señal al declarar que la primera potencia del mundo debía reducir su “adicción” al petróleo, para que se disparase la cotización de las productoras de bioetanol y los fabricantes de automóviles revisaran al alza sus compromisos de inversión en tecnologías limpias.

El Banco Mundial ha anunciado recientemente su intención de incrementar un 48% sus compromisos de financiación de proyectos de energías renovables y eficiencia energética, hasta los 680 millones de dólares en el presente año fiscal, por considerar que éstos –cito textualmente.- *“pueden contribuir significativamente a alcanzar los Objetivos del Milenio para el*

desarrollo, al permitir atender las necesidades energéticas básicas para un crecimiento sostenido y la reducción de la pobreza, preservando al mismo tiempo el medio ambiente".⁽⁵⁾

El ejemplo de ACCIONA y el liderazgo de España

En ACCIONA, en apenas doce años hemos implantado más de 4.000 MW en el conjunto de las energías renovables y lideramos la promoción y desarrollo eólico en el mundo, con más del 6% del total, en 148 parques instalados en nueve países.

En el desierto de Nevada estamos construyendo la mayor planta solar termoeléctrica de los últimos 15 años; hemos abierto en China la mayor planta de aerogeneradores del país y primera con tecnología española, y nos hemos comprometido con Repsol-YPF para instalar antes de 2010 en España seis plantas de biodiésel con capacidad para más de un millón de toneladas, que representarán una inversión de 300 millones y crearán 200 empleos directos y más de 5.000 indirectos.

Son sólo algunos hitos que revelan nuestro empeño en demostrar la viabilidad técnica y económica de un modelo energético sostenible

Y en este proceso, quizá por primera vez en siglos, nuestro país se encuentra en las posiciones de cabeza. Es el segundo del mundo por potencia eólica instalada después de Alemania; cuenta con empresas líderes mundiales en eólica, solar y biocombustibles; dispone de tecnología, capacidad empresarial, capacitación profesional, apoyo social y voluntad política como para liderar el cambio de modelo y convertirse en referente mundial de la energía sostenible. Tenemos la oportunidad y con ella la responsabilidad de liderar las soluciones que la humanidad necesita.

Como decía antes, el cambio del modelo energético mundial es una de las necesidades socio-económicas más acuciantes de la historia de la humanidad, pero además, para España, es probablemente una de las oportunidades de desarrollo económico y social de mayor potencial de las que se han presentado para nuestro país en su historia económica reciente. Aprovechémosla.

Renovables y empleo

Quisiera detenerme un momento para hacer una mención expresa a las repercusiones que el cambio de modelo producirá en el ámbito del empleo. La expansión de las renovables tiene un efecto positivo en la creación de nuevos puestos de trabajo, que, resulta más equilibrada por propiciar el desarrollo en zonas remotas o deprimidas, ya sea, por la recuperación de tierras agrarias para usos energéticos, por la frecuente ubicación de parques eólicos en áreas en declive demográfico o por la idoneidad de las nuevas energías para usos no conectados a red en el Tercer Mundo, por citar algunos ejemplos.

Numerosos estudios han venido señalando desde hace tiempo que el sector de las energías renovables genera más empleos por potencia instalada y por energía producida que las energías convencionales. Es indiscutible que la transición hacia el nuevo modelo habrá de traducirse en un incremento neto del empleo en el sector energético.

A falta de estadísticas globales, se estima en más de 750.000 los empleos directos vinculados actualmente en el mundo sólo al sector eólico, en razón de 12 empleos por MW instalado. La Unión Europea, por su parte, calcula en más de un millón los nuevos empleos que puede crear la industria de las energías renovables hasta 2010.

En nuestro país, se cifran en unas 1.400 las empresas que operan en el sector de las energías renovables, 500 de ellas en el sector eólico, que en los últimos diez años ha creado unos 95.000 puestos de trabajo, de ellos 24.000 directos, según estimaciones del IDAE. El Plan de Energías Renovables 2005-2010 evalúa su repercusión en cien mil nuevos empleos netos en el conjunto de las tecnologías limpias en dicho período.

Comoquiera que a lo largo de la jornada se va a abordar este aspecto de manera específica, me permito añadir tan sólo la experiencia de nuestro grupo, cuya división de Energía ha pasado de emplear a 81 personas en 1999 a superar las 1.200 en 2006.

Despertar la conciencia social

Pese a las buenas perspectivas de las renovables, está claro sin embargo que la tendencia actual resulta insuficiente y que, sin una intervención más decidida que la llevada a cabo hasta ahora, ni siquiera la Unión Europea podrá alcanzar el objetivo de producir en 2010 un 12% de su energía primaria a partir de fuentes renovables.

Es urgente por tanto una actuación coordinada desde lo local a lo global, que fomente la inversión en renovables, elimine barreras administrativas y financieras, establezca marcos regulatorios homogéneos y estables que aporten confianza al inversor, fije cuotas obligatorias de penetración por zonas y tecnologías, utilice la fiscalidad para penalizar las actividades insostenibles e internalizar sus costes externos, deje de subsidiar la insostenibilidad, apoye la investigación y el desarrollo de las tecnologías limpias, y propicie sistemas competitivos que favorezcan el desarrollo de las soluciones más eficientes.

No es un espejismo de visionarios apostar por un cambio radical de modelo energético en un tiempo razonable. Desde luego no resulta más utópico que pensar que la telefonía móvil fuese a alcanzar en 20 años a 1.800 millones de personas o que Internet llegase en 15 años a 900 millones de usuarios. Ambas son hoy realidades tangibles.

Pero nada de esto se llevará a cabo, si los ciudadanos no toman clara conciencia del reto que afrontamos y exigen a sus representantes que se comprometan de forma nítida en la tarea. De poco sirve que el mundo de la empresa esté demostrando que, en materia de despliegue de las energías renovables, si se quiere se puede, si no existe un sentimiento social generalizado que así lo reclame y lo incluya en la agenda política.

Para concluir, subrayaré que nos ha tocado vivir en el periodo bisagra entre dos mundos: en la frontera entre la era del petróleo que finaliza y la que haya de sucederla en el curso de este siglo. Tenemos la responsabilidad de decidir si ese nuevo tiempo estará marcado por el desarrollo equilibrado y sostenible, o por el conflicto y la destrucción del Planeta. La elección corresponde a nuestra generación, pero afectará a la vida en la tierra durante las generaciones venideras. Y si realmente conseguimos conducir el desarrollo mundial por la senda de la sostenibilidad, la empresa habrá constituido, estoy convencido de ello, un logro sin precedentes en la historia de la Humanidad.

Muchas gracias.

Citas

- (1) Donella H Meadows, Dennis L. Meadows, Jorgen Randers y William W. Beherens III, *The Limits to the Growth*, Nueva York, Universe Books, 1972.
- (2) Donella H Meadows, Dennis L. Meadows, *Los límites del crecimiento, 30 años después*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2006.
- (3) Skinner, Robert. *Power and Order: the Energy Dimension*", for de Global Policy Council, 2006.
- (4) United Nations Environment Programme (UNEP) for REN 21. *Changing Climates. The Role of Renewable Energy in a Carbon-Constrained World*. December 2005.
- (5) Refocus. *World Bank exceeds previous commitments to new renewables*. 23.08.2008.